

Discurso de presentación del maestro Ansermet (1)

Los estudiantes de la facultad nos glorificamos al recibir entre nosotros al admirable Ansermet. Dispersos en el auditorio de los teatros porteños, lo hemos conocido en el 17 como director de orquesta de la compañía Diaguileff, y seguido en el 24 y el 25 como director de la « Orquesta filarmónica », cuyo cuarto ciclo de conciertos ha clausurado precisamente ayer. Su erudición especial, que por lo completa alcanza el límite de lo enorme y el limbo de lo prodigioso, ha determinado la simultánea diversidad de su arte, que no arraiga en la tierra amojonada de ninguna fórmula de música, sino que vuela por los espacios infinitos de la música toda. Su segura experiencia le da la clave de los últimos recovecos de la orquesta; su fina impresionabilidad le permite desentrañar los más íntimos contrastes, los más ligeros matices, los golpes de arco más impalpables; y su sentido rítmico es tan agudo, que no sólo a nosotros nos recuerda que además de músico es matemático — que es por lo tanto, si se permite la expresión, un pitagórico —, sino que le hace decir a él mismo, durante un reciente ensayo, lo que sigue: « La excelencia de mi ritmo dimana, en primer término, de que soy matemático,

(1) Pronunciado en el anfiteatro de la facultad el 14 de septiembre de 1925. El maestro Ansermet disertó sobre « El espíritu de la música francesa moderna ».

y en segundo término de que Suiza, mi patria, es el país que produce los mejores relojes conocidos... » Personal, libre y romántico, pero sin mengua de la gravedad, en sus versiones de la *Sinfonía en sol menor* de Mozart y de las sinfonías que ha dirigido de Beethoven, generoso animador en sus versiones de clásicos anteriores — como ser Haydn y Bach, Vivaldi y Corelli —, culmina, sin embargo, en sus versiones de los modernos, a quienes ha consagrado sus afanes más entusiastas y en cuya interpretación parece objetivarse el núcleo de su personalidad. Jamás le agradeceremos bastante las ejecuciones que ha dirigido de Stravinsky, de Glazunoff y de Borodín, de Debussy, de Ravel, de Chausson, de Fauré y, sobre todo, de Honneger. De estos últimos nos hablará en su conferencia de esta tarde, a la que prestarán gentilísima colaboración M^{me} Ninon Vallin, la eximia soprano, exquisita en la ópera cómica, incomparable en el género de los *lieder*, y el maestro Aldo Romaniello, tan estimado por su técnica clara, su pulsación irreprochable y su delicado temperamento.

Pero no era el conferenciante de esta tarde quien necesitaba ser presentado a nosotros sus oyentes; somos, por el contrario, nosotros quienes necesitamos ser presentados a él.

Maestro :

Tengo el honor de presentaros a mis compañeros los estudiantes de la Facultad de filosofía. En esta casa en que los encontráis, y a la que han sido encaminados por la dichosa pendiente de la vocación, profesan las disciplinas históricas, literarias y filosóficas, y, entre estas últimas, la estética. Ahora bien : es la estética la que los une a vos. La estética los alecciona en el postulado de que la belleza es, a un tiempo, cosa del cerebro y cosa del corazón. A su vez, el cultivo de la propia sensibilidad y el hábito de la meditación desinteresada les suministran las pruebas de aquella doble lección. Por eso han sido capaces de sentirnos en vuestros conciertos sinfónicos, y por eso serán capaces de com-

prenderos en vuestra conferencia de esta tarde. También por eso la admiración que les inspiráis es entera, ya que participa de la adhesión inteligente y de la adhesión sentimental. Acaso esta admiración de la juventud os sea grata, pues la admiración de la juventud fué siempre agradable al artista, que mira en ella lo futuro y, por ende, la posteridad. Pero sabed, señor, que no menos agradable le es a la juventud la generosidad del artista, y que la juventud de esta casa, conmovida por la generosidad de vuestra presencia entre ella, ha querido manifestároslo de manera perdurable en la medalla de que voy a haceros entrega. Recibidla, señor, pensando que, antes de troquelarse en el cuño inerte de todas las medallas, ésta troquelóse en el cuño vivo de nuestros pechos.

CARLOS M. GRÜNBERG.